



Philippe Ariès, pionero de la tanatología.

PHILIPPE Ariès, sociólogo francés que desde hace diez años se dedica a analizar las imágenes sucesivas de la muerte en Occidente, es, en Francia, un pionero de la tanatología. Otros, después de él, han escrito libros sobre este tema (Edgar Morin, Jean Ziegler, Odette Thibault, etc.), pero ninguno ha retrazado de forma tan lírica y completa las relaciones de los humanos con la muerte, la significación de la existencia de ésta en el comportamiento de cada individuo, las estrategias para exorcizarla y la dulzura que puede representar (realización de toda una vida) una muerte serenamente afrontada y asumida.

En "El hombre ante la muerte" (1) Philippe Ariès describe la muerte en la Edad Media: un acontecimiento de la vida, importante, sin duda, pero previsible y preparado. Los individuos se disponen a morir desde antes de sentir cualquier síntoma o presentimiento. La agonía suele ser pública, con los familiares, los niños, y el agonizante dirigiendo la ceremonia.

Pero ahora ya no se muere en casa, rodeado de los suyos y de los amigos; ya el viático callejero no es la llamada a los vecinos para acudir al lecho mortuorio. Se agoniza en los hospitales cuando quiere el médico y según las posibilidades económicas del enfermo. Se camuflan las carrozas funerarias —son ahora automóviles grises que se diluyen en la circulación.

Se ha perdido, en una palabra, el arte de morir. Por caridad (se dice) se le oculta al enfermo la inminencia de la muerte. En realidad, la sociedad quiere evitar el desagrado que causa la inrupción obscena de la muerte en una civilización que aspira al ocio y al placer.

RAMON CHAO.—¿A qué atribuye usted esta actualidad de la muerte?

PHILIPPE ARIÈS.—Yo creo que este fenómeno es comprensible, porque cuando hay una censura fuerte se producen transgresiones. Y en realidad, la censura no es más que una pieza de una estrategia mucho más complicada. Era absolutamente normal, pues, que ante esa censura se produjesen reacciones. El interés por los problemas de la muerte empezó en los Estados Unidos, en los medios intelectuales de sociólogos y no, cosa curiosa, en los medios médicos; ni en los religiosos. Creo que se trata, sobre todo, de una reacción de piedad ante el destino de los enfermos graves que mueren en la so-

Philippe Ariès

"SE HA PERDIDO EL ARTE DE MORIR"

RAMON CHAO

lidad de los hospitales. Ese es el origen, pero lo que es asombroso es que la multitud de artículos y de libros que se publicaron no han hecho variar en absoluto la especie de repugnancia del resto de la sociedad ante la muerte.

R. Ch.—Esa es una explicación. Otra podría ser la fe en la ciencia. Es decir, que se espera que la ciencia aseoje (o suprima) la muerte.

Ph. A.—Eso explicaría más bien el rechazo de la muerte, y no la literatura que ha surgido. Lo que se ha escrito sobre la muerte indica un cierto escepti-

gar, y no han estado obsesionadas por ella.

R. Ch.—¿Y cree que la muerte nos diferencia de los animales, que no tienen conciencia de su existencia?

Ph. A.—Eso dicen. Es una de las etapas de la hominización, el saber que se va a morir. En mi libro cito una anécdota de un humanista del Renacimiento que hace hablar a los compañeros de Ulises transformados en cerdos. Declan que no querían volver a la condición humana, porque eran mucho más felices así, sin pensar en la muerte.



"La muerte abrazando a una joven", de Niklaus Manuel Deutsch.

clismo acerca de la eficacia de la ciencia para resolver ese problema. Además, no es imposible que haya una relación: ¿sabe usted que las estadísticas demográficas muestran que en los últimos años no se alarga la longevidad, que hay un estancamiento en la esperanza de vida? Es posible que haya una especie de confirmación de la imposibilidad de impedir la muerte. No quiero decirle que se haya creído alguna vez en esa posibilidad, pero se ha actuado como si se creyese.

R. Ch.—¿Cree usted que todos los placeres de la vida se los debemos a la muerte, es decir, que sin la idea de que vamos a morir no tendríamos ningún apetito de goce?

Ph. A.—¡Ah, no! En absoluto. Algunas culturas sostuvieron esa teoría, pero no las culturas tradicionales europeas. Han puesto a la muerte en su lu-

R. Ch.—De todas formas, no lo podemos saber. Jorge Luis Borges dice en uno de sus poemas que guarda la esperanza de ser inmortal, pues las leyes de estadística no han demostrado que todos los hombres vayan a morir. Por otra parte, François Jacob, Premio Nobel, dice que la muerte figura en el proyecto genético del hombre. ¿A quién hay que creer? ¿Al poeta o al científico?

Ph. A.—Pues no lo sé, pues por otra parte muchos sabios dicen que somos el resultado de un "bricolage" (creo que lo dijo Monod), así que no sé qué pensar. De todas formas, no me interesan las opiniones de los sabios, ni tampoco las de los filósofos...

R. Ch.—¿Y las de los poetas?

Ph. A.—Los poetas me interesan más, cuando expresan lo que piensan y lo que sienten los hombres. Hay una especie de sabiduría en el hombre de la

calce. Y eso es lo que me interesa.

R. Ch.—Es usted muy crítico con la ciencia. ¿No cree usted que está obligada a asumir hoy el papel que desempeñaban antes la magia o la religión?

Ph. A.—No, no lo creo. No puede reemplazar ni a una ni a otra. Es lo que ha intentado hacer el arte médico y no la ciencia, que son cosas muy distintas. El arte médico quiso sustituir a la religión, y el médico sustituyó al religioso, eso sí que es cierto; al final del siglo diecisiete el médico se transformó en una especie de médium entre las ideas superiores y los sentimientos profundos que agitaban el inconsciente colectivo. En ese sentido, el médico se tomó un derecho terrible sobre la muerte y sobre la vida del hombre, contra lo cual hay tal vez ahora una reacción. Es posible que toda esta literatura que está surgiendo contra la muerte esté dirigida, en realidad, contra una medicalización excesiva. Es posible.

R. Ch.—Cita usted en sus libros varios casos de muertes dulces y dichosas, y en general se trata de parejas que se aman o se habían amado profundamente. Esto parece confirmar la tesis de Marcuse, para quien la única forma de vencer a la muerte consiste en resolver el conflicto entre Eros y Tanatos. Es decir, que después de una vida erótica plena, se puede afrontar a Tanatos "con tranquilidad racional", dice.

Ph. A.—Yo creo que es muy cierto. Quizá no de forma tan precisa como Marcuse dice, pero tal vez a partir de cierto momento (a finales del siglo dieciocho), el miedo a la muerte, que había sido conjurado gracias a una gran estrategia folclórica o eclesiástica, invadió la conciencia del hombre. Primero se manifestó en forma de miedo por la muerte del otro, y al mismo tiempo produjo una alegría, concretada en la comunión de los últimos momentos.

"El gran fenómeno de nuestra época reside en el hecho de que los moribundos y sus allegados hayan renunciado a este placer de la comunión de los últimos momentos en provecho de una estrategia de la mentira.

R. Ch.—¿Qué piensa usted de la muerte de Franco?

Ph. A.—¡Ah!... ¡Ejemplar! ¡Prodigioso! Ha sido la imagen más inimaginable de esa muerte prolongada gracias a una técnica ultrasofisticada e inhumana.

R. Ch.—También tuvo sus aspectos de muerte medieval, tal como usted la describe, por los curiosos que acudían con tortillas y bocadillos cerca del palacio de El Pardo, con el país pendiente, etcétera.

Ph. A.—Yo estaba en los Estados Unidos, y los periódicos sólo relataban las hazañas médicas. Veíamos a ese hombre, que sobrevivió durante no sé cuánto tiempo, en medio de veinte médicos, que prolongaban su vida privándole de la paz de sus últimas horas, pero yo ignoraba ese aspecto festivo. ■ Foto: A. NAVARRO.

(1) Editions du Seuil.